

Ventajosa para Dios, ventajosa para la sociedad humana, la vida religiosa lo es tambien

sufria el imperio de la virtud de los que creían huir de la sociedad, y que un simple religioso era en el fondo de su celda, cómo San Jerónimo y San Bernardo, el centro y la palanca del movimiento de su época. — Releguemos al rango de las ficciones más despreciables esta afirmacion, tanto tiempo repetida por una necia crédulidad, que hace de los monasterios, cómo de la religion misma, un asilo para la molice y la incapacidad, para la misantropía y la pusilanimidad, para los temperamentos debiles y melancolicos, para los hombres sin aptitud para servir á la sociedad en el mundo! No hubo jamás, en ninguna sociedad ni en época alguna, hombres más energicos, más activos, más practicos, que los monjes de la edad media. — La historia nos muestra á estos *ociosos* asociados durante diez siglos á todos los más grandes acontecimientos de la Iglesia y de la sociedad; siempre los primeros en el combate y en el trabajo. Véseles salir de los claustros para ocupar las catedras, para poblar y dirigir los concilios, los conlaves, las camaras y las cruzadas; despues volver para levantar monumentos de arte y de ciencia, para crear iglesias y libros que asombran y desáñan el orgullo de los modernos. Estos soñadores eran ante todo hombres en toda la extensión de la palabra, *viri*; hombres de corazon y de voluntad, en quiénes la caridad más tierna y la más ferviente humildad no excluian la perseverancia, ni la decision, ni la audacia. Sabian querer. El claustro fué, durante toda la duracion de las edades cristianas, la escuela permanente de los grandes caracteres, es decir, de lo que más falta á la civilizacion moderna. Y por lo que es necesario repetirlo sin cesar: la gloria más brillante y más duradera de la institucion monastica fué el temple vigoroso que supo dar á las almas cristianas, la fecunda y generosa disciplina que impuso á tantos millares de corazones héroicos... — Hay servicios de un orden tan profundo, que no adquieren todo su brillo más que bajo la mirada de la historia y delante de la posteridad. Tál es el que se acaba indicar. Pero hay otros más visibles, más palpables, y que interesan desde luego la admiracion y el reconocimiento de los contemporaneos. Cuando se inquiere las razones que han merecido á las ordenes religiosas, desde su origen y durante todo el tiempo que há durado su

III. — *Para las personas religiosas.* — Mis queridas Hermanas, « os está muy permitido consideraros bien aquí; porque vosotras,

fervor, un papel tan importante en los destinos de la Iglesia y un puesto tan bello en el corazon de todos los pueblos cristianos, parece facil reconocerlos en las dos grandes funciones comunes á todas las Ordenes y á todas sus ramas: la Oracion y la Limosna. — El primero de todos los servicios que conferian los monjes á la sociedad cristiana, era orar, orar mucho, orar siempre por todos los que lo hacen mal, ó no lo hacen. La Cristiandad honraba y estimaba sobre todo en ellos esta inmensa fuerza de intercesion, estas suplicas siempre activas, siempre fervientes, estos torrentes de suplicas sin cesar vertidas á los pies de Dios que quiere que se le implore. Así desviaban la colera de Dios; aligeraban el peso de las iniquidades del mundo; restablecian el equilibrio entre el imperio del cielo y el imperio de la tierra. A los ojos de nuestros padres, lo que mantenía el mundo en su asiento, era este equilibrio entre la oracion y la accion, entre las voces suplicantes de la humanidad temerosa ó reconocida y el ruido incesante de sus pasiones y de sus trabajos. Es el sostenimiento de este equilibrio quién há hecho la fuerza y la vida de la edad media. Cuando él está turbado, todo se turba en el alma de la sociedad... — Así, mientras que los monjes han permanecido fieles al espíritu de su instituto, su misión especial, su primer deber há sido de orar, no solamente para si mismos, sino para todos. Ellos han sido los campeones aguerridos é infatigables de la cristiandad, en *el santo y perpetuo combate de la oracion con la omnipotencia divina*. Reunidos y ordenados legalmente para la oracion en comun, eran mirados con razon por el buen sentido de los pueblos cristianos cómo un poder de intercesion instituido para la salvacion de las almas y de las naciones. Gracias á ellos, la oracion existia en estado de institucion, de fuerza permanente, publica y universalmente reconocida, y bendecida de Dios cómo de los hombres. — « Adonde vás » decia un dia el emperador Valente á un señor persa, Aphraato, que se habia hecho religioso y misionero de la fé de Nicéa. « Voy á orar por vuestro imperio », respondió el monje. En medio de las pompas de la corte byzantina, el más antiguo y el más elocuente de los apologistas de la Orden, San Juan Crisostomo, proclamaba en terminos que no han envejecido, la soberana eficacia de la oracion monas-

que Dios ama tanto, cómo no os amaréis también á vosotras mismas? No es preciso imitar á Dios en todo? Por lo demás, es amar-tica: « La beneficencia del monje es más que real: el rey, si es bueno, puede aliviar la indigencia del cuerpo; pero el monje, con sus oraciones, liberta las almas de la tiranía del demonio. El hombre atacado por un dolor moral pasa por delante de un rey, cómo por delante de un cuerpo sin vida, y corre á la estancia de los monjes, cómo el aldeano asustado por la vista de un lobo se refugia cerca del guarda armado. Lo que es el arma para el guarda, la oración es para el monje... Y no somos nosotros solamente quienes buscamos este refugio en nuestras necesidades, los mismos reyes los invocan en sus peligros, completamente cómo los mendigos corren en las épocas de hambre á las casas de los ricos. » — Las palabras de San Juan Crisostomo fueron una verdad histórica, cuando el poder real cristiano hubo remplazado á la majestad decaída de los Cesares. Durante mil años y en todos los pueblos católicos, se vió á los príncipes recurrir á porfía á las oraciones de los monjes y gloriarse de su confianza en ellas. En el apogeo de la época feudal, cuando la flota de Felipe Augusto, vogando hacia Tierra Santa, es asaltada en los mares de Sicilia por una tempestad horrible, el rey réanima el valor y la confianza en el corazón de los marinos recordándoles qué intercesores dejaban en el suelo de la patria. « Es media noche, les dice, es la hora en que la comunidad de Clairvaux se levanta para cantar maitines. Estos santos monjes no nos olvidan nunca. Ellos van apaciguar á Cristo; rogarán por nosotros, y sus oraciones nos van arrancar del peligro. » Refiérese un rasgo análogo de Carlos Quinto... — Pero se limitaban los monjes á este solo orden de beneficios? Era la oración la sola prueba de solicitud, de afección, de reconocimiento que se creían obligados á dar á sus hermanos, á sus bienhechores y á toda la comunidad cristiana? No sabían practicar la limosna más que bajo esta forma puramente espiritual? Nó, ciertamente; ahí está la historia entera para testimoniar lo contrario. Todos sus monumentos prueban que las ordenes monásticas han practicado la caridad activa y material, cómo no lo há sido nunca antes que ellos y cómo no lo será jamás por otros. Ellos han empleado en esta tarea todo lo que es dado de abnegación y de inteligencia al hombre. A esta multitud de desgraciados condenados

le, amandoos en él y por él; y este amor es más que una necesidad; es una virtud y un deber.

« Vosotras os dáis á Dios, y en toda la medida en que una criatura puede hacerlo: pensais que Dios se deje vencer? El, que desea tanto dar, cómo no estará deseoso de devolver. *Es magnifico en su reconocimiento*, dice la Escritura, *y devuelve siete por uno*¹. Todavía es ésa la medida del Antiguo Testamento. Lo que él devuelve bajo el Evangelio, por lo menos á sus religiosos, es el centuplo². Este centuplo es de toda clase de bienes, pero es sobre todo una libertad admirable, una manantial siempre vivo de gracias, de progresos y de méritos; es, por consiguiente, una seguridad com-

al trabajo y á las privaciones, y que constituye la inmensa mayoría del género humano, los monjes han prodigado siempre no solamente el pan, sino una simpatía eficaz é infatigable, al propio tiempo que este alimento del alma, no menos indispensable que el del cuerpo. Cuántos cuidados delicados, qué tiernos agasajos, cuántas precauciones ingeniosas inventadas y practicadas, durante doce siglos, en estas casas de oración, que contaban entre sus dignatorios á *los enfermeros de los pobres*! Después de haber ofrecido una incesante y generosa hospitalidad á la multitud indigente, que nunca encontraban demasiado numerosa; después de haberla edificado y alegrado con el espectáculo de su vida pacífica y tranquila, la ofrecían también en tiempo de guerra un abrigo, un asilo casi siempre respetado por los vencedores católicos. Después de haber dado todo lo que podían dar por su propia cuenta, inspiraban maravillas de generosidad á todos los que los amaban y los rodeaban. Su solo aspecto parece haber sido una predicación permanente en provecho de la limosna. Su familiaridad con los grandes há sido beneficiada para los pequeños. Si han sido abundantemente dotados por los cristianos ricos, há sido para dotar á su vez á los pobres con estas riquezas purificadas, para ser así los intermediarios delicados é infatigables por donde la limosna, una vez abandonada por el rico, descendía para siempre sobre el pobre... (Montalembert, *Los Monjes*, Introd. c. 2 y 3.).

1. Eccl. xxxv, 12. — 2. Mat. xix, 29.

pletamente divina, una paz sin igual, y una alegría que excede á las mejores del mundo.

« Vuestro estado os hace maravillosamente libres. *Es la verdad quién liberta*¹, dice Jesus; y la verdad es Jesucristo². Aunque no fuérais más que sus siervas, yá estariais libertadas; qué seréis siendo sus esposas? Nadie es libre cómo vosotras en la tierra. La esclavitud grande es el pecado; véd hasta dónde vuestro dichoso estado os desembaraça! Lavadas por este bautismo de religión y de amor, que es vuestra santa profesion, sois criaturas completamente nuevas. Vuestro pasado está cómo sustraído; no sustraído en lo que se encuentra de meritorio, porque lo que es hecho por Dios, no pasa sinó que permanece cómo él; sinó sustraído lo que há podido mezclarse de culpable. Vuestra profesion es el mar Rojo de vuestra vida antigua; faltas y deudas, todo es allí sumergido; y si alguno está en derecho para exceptuarse de este temor que el Espíritu Santo nos aconseja guardar de nuestros pecados, aun despues de perdonados³, seguramente sois vosotras. Los origenes de estos pecados permanecen sin duda en el fondo de vuestra alma; pero cómo os es facil contener las éfusiones! Vuestros votos son aqui más que un dique, y si se desprende todavia algunas gotas, no es más que un alimento, un estimulante para la humildad, y una de ésas enfermedades saludables en las cuáles Nuestro Señor declara que *la virtud se perfecciona*⁴. Hablaré de las ocasiones? Para que no las hubiése, seria preciso haber salido por completo de este mundo; pero cuántas que para vosotras han llegado á ser imposibles! cuántas que para vosotras están para siempre alejadas! Y en cuánto á las que subsisten, cómo son relativamente poco numerosas, y sobre todo, poco peligrosas! San Bernardo lo decia: « Más puramente vivís, más raramente caéis, y más pronto os levantais⁵ ». Quién puede cantar cómo vosotras: Señor, *habeis roto todas mis*

1. Joan. viii, 32. — 2. Joan. xiv. 6.

3. De propitiato peccato noli esse sine metu. — (Eccli. v. 5.)

4. II. Cor. xii, 9. — 5. Serm. super *Simile est regnum cælorum*. —

*ligaduras, yo os sacrificaré una hostia de alabanzas*¹. En efecto, qué habeis dejado al abandonar el siglo, sinó estas cosas de las cuáles el mismo santo Doctor dice tán bien: « que oprimen á los que las poseen, que manchan á los que las aman, y que atormentan á los que que las pierden²? » Para vosotras, el mundo era Egipto. Isráel vivía allí, tenia sus casas, sus alimentos, sus relaciones, sus costumbres: olvidando el pasado, la historia, á Abrahán, á Isaác y á Jacob; no pensando más en el porvenir, en la profecia, en Jesus, pudiendo también gustar de cierta felicidad; y sin embargo, oh Dios mio! *cuando vuestro pueblo salia de esta tierra de Egipto, quitabais de sus hombros pesos abrumadores*³. Más reflexionaréis, más adelantareis en la experiencia de los hombres y de la vida, más tambien veréis que es ésa vuestra historia⁴.

« Y ahora la carrera os está tán abierta! Nada os impide correr; al contrario, todo os invita y os empuja á ello. Los Padres os han comparado frecuentemente con los pajaros, y la Escritura os llama con mucho gusto palomas⁵. En verdad, vuestros pasos regulares recuerdan mucho menos los de los séres que andan por los sende-

1. Ps. cxv, 17. — 2. Epist. 103, al. 297, *ad fratrem Willelm*.

3. Ps. lxxx, 6.

4. Una persona religiosa está exenta, por su estado, de todos los disgustos acerbos, que es la hérencia de los mundanos. Superior á todos los accidentes de la vida, independiente del humor y del capricho de los hombres, libertada por un generoso desprendimiento de los cuidados de estas riquezas que Jesucristo compara con las espinas; libre tambien, por su perfecta sumision, de los cuidados importunos de su propia conducta, unicamente ocupada del asunto de su salvación, completamente consagrada al servicio de Dios, y solamente atenta á agradarle: puede dejar de gustar de la dulzura de su estado? Qué tranquilidad más deliciosa? Imaginádos, si podeis, una vida más feliz y más santa. No há tenido razon el profeta para decir, que un dia pasado en la casa del Señor, vale más que mil pasados en los más grandes placeres de esta vida (El Padre Croiset, loc. cit.)

5. Cant. passim.

ros terrestres, que los de estos séres encantadores y vivos cuya patria es el aire y que se mueven con toda libertad. De qué están encargados los pajaros? cuáles son sus remos y en dónde están sus obstaculos? No tienen nada prestado, ni siquiera el vestido. Sus ojos, sus alas, la atmosfera inundada de sol y la providencia de Dios, es todo lo que poseen, y esto les basta. Gracias á vuestros santos despojos, vosotras no estáis más cargadas, y verdaderamente vuestras almas se les asemejan. Se hace libre simplificandose, y vuestro estado hace vuestro fondo tán sencillo! Exterior cómo interiormente, todo os es más facil que á los demás. Entregadas á las santas labores de la perfección, os divertis con la justicia comun de los cristianos, cómo los maestros con los temas y trabajos de los alumnos. Lo que para muchos de vuestros hermanos es una corona, que conquistar, para vosotras es cómo un anillo de oro que sirve adorno á los pies. Es casi sin pensar cómo vosotras cumplis con los preceptos; las virtudes ordinarias no parecen contarse por vosotras, y las éjecutáis á la manera cómo los arroyos se deslizan.

« Y es todavia un bien de vuestro estado, el ser una manantial incesante y siempre abundante de gracias, de meritos y de progresos. En el mundo casi todo induce al hombre al mal: es preciso siempre guardarse y frecuentemente defenderse; no se és justo más que yendo contra la corriente y á fuerza de violencia. En religion, por el contrario, es para pecar que seria necesario hacer esfuerzo; todas las pendientes van al bien; para llegar á ser santo no hay más que dejarse llevar cómo una barca lanzada sobre un rio. David compara al justo con un arbol plantado al lado de una corriente de agua. Cada onda que pasa, viene a acariciar á y humedecer las raices; de suerte que, no solamente los frutos de este arbol son bellos y sabrosos, sino sus hojas son inmortales¹: es la imagen de lo que vosotras soís. Todo os es gracia, luz, auxilio y estimulo. Vuestro sol no desaparece, y vuestra vida no tiene invierno. Recibis sin cesar, y sin cesar podeis dar. Dáis á Dios más cosas, y cosas mucho mejores, y se las dais mucho mejor².

1. Ps. 1, 3. — 2. Thom. *Sum th.* 2, 2, q. 88, a, 6.

Los seglares le dan sus frutos; dichosos si se los dan! Vosotras dáis vuestra savia, vuestras raices, vuestras potencias, en una palabra, dáis todo; y dándolo para siempre, hay regularmente más amor en cada uno de los dónes innumerables que derivan del primero. Así, qué precio tienen! qué gracias suponen y qué aumentos de gracias producen! Una religiosa fiél, aunque no tuviése más que un fervor ordinario, puede agrandarse de instante á instante, y hacer lanzar á los angeles este grito de admiracion: *Quién es ésa que sube del desierto, semejante á un vapor de incienso*¹! Esperando su verdadero clima, que es el cielo, el amor no está en ninguna parte también cómo en vosotras. Y lo que es verdad de él en excelencia, lo es proporcionalmente en todas las virtudes. La religion es para ellas, lo que para las flores de los paises calidos son los invernaderos sabiamente dispuestos, en dónde las gentes de los paises frios las cultivan. Es en vuestra vida, sobre todo, que parecen divinamente dispuestos ésos *grados de ascension* de que habla el rey-profeta, y que, partiendo del fondo del valle de lagrimas, no acaban más que en ésas alturas en dónde se vé el santo rostro de Dios². Vosotras váis dilatandoos y ostentandoos más y más en el seno de vuestro Padre celestial. Soís los depositos sagrados que bajo la accion de ésos torrentes divinos, que se llama las éfusiones del Espiritu Santo, se ahondan y se ensanchan sin cesar. Soís imagenes siempre más perfectas de Jesus, espejos siempre más puros de la divinidad.

« Cuál es la seguridad de los que llevan esta vida? Quién está mejor guardado y protegido? Quién puede marchar con un paso más firme? Quién tiene más amplias provisiones? Quién puede temer menos ver faltar el aceite para la lámpara? Quién puede estar más seguro de llegar al termino del viaje y estar dispuesto á recibir la suprema visita del Esposo? Abrazar este estado, dicen los santos, es una de las señales más seguras de que se és del numero de los élegidos³. En efecto, quién está más seguro que un religioso de andar

1. Can. III, 6. — 2. Ps. LXXXIII, 6. — 3. Platus, *De bono relig.* p. 1, c. 32.

siempre por la via derecha, de no salir nunca de la santa voluntad de Dios, de ser esta tierra fiél en la cuál su voluntad se hace cómo en el cielo? Vuestra vida, solo Dios la há inventado, Díos mismo la há fundado, y es la que, con preferencia, há llevado en la tierra. En todo y por todo, permaneceis bajo la inspeccion de esta Iglesia que es su testigo y su organo. Ella es quién aprueba vuestras Reglas y vuestras constituciones, delega á vuestros superiores, los vigila y los juzga. Quién mejor que vosotras puede lanzar este grito de los santos: *Mi parte es el Señor*¹? Para quién este grito tiene sonidos más profundos, más numerosos y magnificos? Quién mejor que vosotras puede decir tambien; *El Señor me conduce... nada me faltará*²? Si, el Señor; áquel mismo que reina en lo alto de los cielos, pero que, en su misericordia, se hace presente para vosotras en la tierra, reviste una forma humana y se hace vuestro guia, vuestro custodio, vuestro servidor, haciendose vuestro padre y vuestra madre. Hay alguno, cómo vosotras, para tener dioses tñ accésibles, tñ familiares³? Ponéd fé y amor en vuestra obediencia, y hé aqui toda vuestra santidad, y, por lo tñto, vuestra salvacion se reduce á obedecer en todo á estos díos domesticos. Unid á estas seguridades sin precio que os dá vuestro santo acompañamiento, los buenos ejemplos, las oraciones cambiadas, la comunicacion de pensamientos, de sentimientos, de gracias, y este sostenimiento mutuo del cuál el Sabio escribia: *Vale más estar dos reunidos que uno solo, porque cada uno se aprovecha de la compañía que se há dado. Si el uno cde, el otro lo levanta; si el uno es demasiado debil para resistir, ayudado por el otro, triunfa; y si la cuerda está formada de tres hilos, no es facilmente que se rompa*⁴.

« Jesus dice lo mismo, pero con un aumento divino, porque *alli en dónde ó tres se reunirán en su nombre, promete estar en medio de ellos*⁵. Santa Catalina de Sena tenia mucha razon para escribir: « Esta vida es un navio muy seguro que el Espiritu Santo há cons-

1. Ps. xx, 5; LXXII, 26; CXVIII, 57. — 2. Ps. XXII, 1. — 3. Deut. IV, 7. — 4. Eccles. IV, 9. — 5. Matth. XVIII, 20.

truido, y que él mismo conduce á puerto¹». En verdad, una religiosa fiél tiene yá un pie en el paraiso, y es de ella que se puede decir que conversa y vive en el cielo².

« Asi, cuál es su paz, la opulencia y la firmeza victoriosa de la misma, en medio de las agitaciones, de las tentaciones y de los obstaculos inévitable de este mundo! *Oh Dios mio! nada temeré, puede ella decir, porque vos estais conmigo*³. *Oh Dios mio! descansaré y me reposará en vos, que sois siempre el mismo; porque me habeis fijado en una incomparable y unica esperanza*⁴.

« La religiosa es muy dichosa. Es de fé que la virgen es más dichosa que la mujer casada⁵. Y si es cierto de una virgen en el mundo, cuánto más de la que se consagra á Dios completamente! Ella tiene visiblemente todas las bienaventuranzas reunidas. Forma parte de estos pobres de espiritu á quiénes pertenece el reino de los cielos, y de estos bondadosos de corazon que poseen la tierra, y de estos lloradores divinos que serán consolados, y de estos hambrien-

1. Dialogos, c. 158.

2. Philip. III, 20. — Ex occasione thematis: *Beati, qui habitant in domo tua, Domine, in sæcula sæculorum laudabunt te*, Ps. LXXXIII, 5, potest religiosus status cum paradiso cœlesti comparari. 1º Quia sicut in cœlo nulla est divitiarum, voluptatum carnis, propriæ voluntatis appetitio; ita nec in religioso statu. 2º Quia sicut in cœlo nihil aliud agunt nisi ut Deum laudent: ita et in religione hoc solum agitur, utpote in qua omnia ad laudem Dei referuntur; sic enim, ut ait sanctus Augustinus, laudas Deum, cum agis negotium: laudas, cum cibum et potum capis: laudas, cum in lecto requiescis: laudas, cum dormis. In Ps. CXLVI. 3º. Quia sicut in cœlo summa est tranquillitas et felicitas, eo quod in uno, eoque summo bono delectentur beati, ita summa quoque eorumdem est felicitas. Quæ omnia fusius apud Platum, de Bono relig., lib. 3, c. 15, videri possunt (LOHNER, Biblioth. tit. Religiosus status).

3. Ps. XXII, 4. — 4. Ps. IV, 9.

5. Qui matrimonio jungit virginem suam, bene facit; et qui non jungit, melius facit... Beatior autem erit si sic permanserit (I. Cor. VII, 40).

tos de justicia que Jesus mismo satisfará, y de estos misericordiosos à quiénes Dios hará misericordia, y de estos puros de corazon que le verán, y de estos pacíficos que son sus hijos¹. Y si ésa es yá la hérencia de cada una, qué no añade ésa vida comun, que inspiraba á David este cantico, tån frecuentemente repetido despues: *Ah! cómo es bueno y dulce para los hermanos habitar reunidos*²! Si, las verdaderas alegrías están entre vosotras, y verdaderamente os pertenecen; alegrías tån esplendidas, que revelan á Dios y nos descubren hasta su corazon; alegrías tån élevadas, que se despegan y separan de todo; tån puras, que santifican; tån fiéles, que no engañan nunca; alegrías tån profundas, que son inviolables; tån vivas y tån eficaces, que dulcifican toda amargura, y hacen deslizar inéfables delicias por los dolores y penas más mortificantes; por ultimo, alegrías tån durables que son inmortales, y no comienzan aquí más que para consumarse allá alto³.

1. Matth. v, 3-9.

2. Ps. cxxii, 1. — Ex occasione thematis: *O quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*, possunt explicari utilitates, quæ ex religiosorum unitate percipiuntur, quæque a Siracide jam pridem indicatæ sum, dum dixit: *Melius est duos esse simul, quam unum; habent enim emolumentum societatis suæ; si unus ceciderit, ab altero fulciatur*. Eccli. iv. Quibus verbis primus fructus indicatur, scilicet quod a se mutuo sublevantur et erigantur, partim precibus, partim adhortationibus, partim exemplis. Unde mox addit: *Væ soli, quia cum ceciderit, non habet sublevantem se*. — Alter fructus indicatur his verbis: *Et si dormierint duo fovebunt mutuo: unus quomodo calefiet?* nimirum sicut carbo junctus aliis ardentibus carbonibus sponte inardescit, ita idem tepido religioso evenit, si ferventibus jungatur. — Tertius indicatur sequentibus verbis: *Et si quispiam prævaluerit, duo resistent ei*; nam, ut S. Bernardus ait, in religione tot sunt auxiliarii, quot socii, et tales, qui dicere possunt cum Apostolo: *Qua non ignoramus astutias inimici*. Congregatio enim pro fortitudine sua terribilis, ut castrorum acies ordinata. Quæ fusius deducta videri possunt apud Platum, lib. 1, c. 29 (LOHNER, loc. cit.).

3. Una ibi voluptas, una jucunditas, unæ deliciæ, unum desiderium,

« Hé aquí vuestro centuplo, algo de vuestro centuplo, porque no me vanaglorio de haberoslo descrito: *Y despues de esto*, dice Jesus, *ténderéis la vida éterna*¹. Otros la tendrán sin duda, gracias á Dios; pero vosotras, en qué grado y en qué proporciones la tendréis? Tål es allá arriba vuestra parte, que, aunque fuése todo aplazado hasta allí, y vuestra vida entera debiése gastarse en el trabajo y en la fatiga para adquirirla, no habriais pagado la alegría de saborear esta parte una sola hora; y es siempre, siempre, que la saborearéis, y seréis deslumbradas; con un derecho soberano, aunque sea una gracia; con una libertad que nada limitará; con una comodidad que nada turbará, en una inmensidad de gloria y en el seno de un abismo de paz² ».

una spes omnibus inest. Ibi veluti quadam ex regula et libra, cuncta sunt diligentissime ordinata, nulla ibi inæqualitas; cæterum ordo summus, et moderatio, et convenientia, et ineffabilis concordia servandæ diligentia, jugisque ac perpetua lætitiæ materia Illic solum videas id perfecte contingere, nusquam alibi, non modo quod præsentia omnia contemnant, omnemque a se rixæ, et pugnae materiam abscedant, certissimaque cælestium honorum spe beati sint, sed quod ea quoque quæ singulis contingant, et tristia, et læta, communia esse omnium existiment. Quippe et mæror facilius fugatur, cum pro viribus sua omnes comportent onera, lætitiæque occasiones habent innumeras, non in suis quisque gestientes (S. JOAN. CHRYSOST. *Apolog. vit Mon.* lib. 3). — Nemo procul dubio explicare valet, quanto repleatur gaudio, quanta potiatur pace, quibus spiritualibus reficiatur deliciis, et quot divinis quotidie illustretur splendoribus, qui, deliberato animo, et cælesti inspiratione afflatus renunciat sponte sæculo, secedit in claustro, et militat Deo, nihil terrenum ambiens, nihil temporale possidens, nihilque quod amorem suum vindicare queat, omnino reservans (S. LAUR. JUSTIN. *Obedient.* c. 48).

1. Matth. xix, 29.

2. Gay, loc. cit. — Cuando se habla de la felicidad del estado religioso, me parece que se dá algunas veces ideas muy humanas; y confieso que no oigo con gusto á los predicadores representarnos la vida religiosa cómo una vida dulce, exenta de todas penas y desligada de